



Ensayando algunas respuestas sobre el proceso de “unitarización” de las fuerzas militares durante la década de 1820♦

Testing some answers regarding the process of "unitarization" of the military forces during the 1820s

Ignacio Zubizarreta*

Recibido: 2 de julio de 2014

Aceptado: 30 de julio de 2014

Resumen

En el presente artículo intento elaborar algunas hipótesis que ayuden a la comprensión del proceso de “unitarización” de un sector muy importante de las fuerzas militares durante la década de 1820. Parto de la premisa de que los unitarios nacieron como una agrupación política carente de lazos con los hombres de armas. Por ese motivo, y por la dificultad para sostenerse en un contexto político y social complejo e inestable, importa analizar las afinidades que existieron entre el grupo civil que lideró la facción unitaria con ciertos y amplios sectores de las fuerzas militares. Intento así responder a los siguientes interrogantes: ¿cómo y por qué unitarios y militares entraron en contacto y comenzaron a convergir en un mismo espacio político? ¿Qué razones pudieron atraer a los segundos a colaborar con los primeros? Considero que, en buena medida, la clave a dichos interrogantes debe buscarse en el proceso de politización del ejército republicano que se encontraba luchando en la Banda Oriental contra el Imperio del Brasil entre 1825 y 1828.

Palabras clave: fuerzas militares – faccionalismo - unitarios

Abstrac

In this article I attempt to make some hypotheses to understand the process of "unitarization" of a very important sector of the military forces during the 1820s. They are based on the premise that the "unitarios" as a political organization were born lacking ties with armed men. For this reason and because of the difficulty for them to last in a complex and volatile social political context, it is significant to analyze the affinities between the civil group that led the "unitarios" faction and certain broad sectors of the military forces. I intend to answer the following questions: how and why the “unitarios” and the military came into contact with each other and began to converge on the same political space? What reasons could have attracted the second to collaborate with the first? I believe that to a large extent the key to these questions must be sought in the process of politicization of the Republican army who was fighting in the “Banda Oriental” against the Empire of Brazil between 1825 and 1828.

Key words: military forces - factionalism - unitarios

♦ Este trabajo representa una parte de mi tesis doctoral defendida en la Universidad Libre de Berlín en 2011 bajo la dirección del Prof. Dr. Stefan Rinke. Las ideas principales de dicha tesis se encuentran publicadas en: Zubizarreta, Ignacio *Los Unitarios. Faccionalismo, prácticas, construcción identitaria y vínculos de una agrupación política decimonónica, 1820-1852*, Stuttgart, Verlag Hans Dieter Heinz, 2012.

* El autor es investigador de carrera del Conicet y tiene como lugar de trabajo el Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani de la Universidad de Buenos Aires. A su vez, es profesor de Historia de América II en la Universidad Nacional de La Pampa. Contacto: ignzubizarreta@gmail.com



Introducción

El unitarismo, nacido como un grupo de letrados que hacia 1821/1822 lograba imbricarse en el incipiente estado provincial de Buenos Aires, a través del tiempo fue integrando a sus filas un componente de militares cada vez mayor. A pesar de que el delimitado círculo que conformó lo que podríamos definir como el *alma mater* del unitarismo: el grupo rivadaviano, pregonaba un discurso marcadamente antimilitarista¹, las necesidades y las circunstancias obligaron a dicha agrupación a incorporar a un sector importante de las fuerzas militares al seno de la misma. Para Sergio Bagú, los unitarios comenzaron como un pequeño círculo donde predominaban abogados, periodistas, funcionarios y algunos miembros del clero. Pero, además, apuntala que, salvo contadas excepciones, “casi todos pertenecen, más bien, al tipo de los intelectuales de la época”². Según cierto testigo de ese momento, Rivadavia era “padre de este incipiente sistema de orden y virtud, con su influencia creciente se ha convertido en el hombre indispensable para hacer efectivas ideas que tienen todo el apoyo de la opinión pública. De predominar estos principios, ello significa la prevalencia de la influencia civil sobre la militar”³. Esa situación –el predominio de lo civil–, parecía representar un varadero oasis entre la abrumadora supremacía de los hombres de armas en la cosa pública desde que había comenzado el proceso emancipador en 1810.⁴ Por ejemplo, para el periódico filo-rivadaviano *La Abeja*

¹ En tiempos rivadavianos, las reformas que bajo ese régimen se apadrinaron en el orden castrense sirvieron, en parte, para debilitar el influjo predominante del que se habían beneficiado los militares hasta ese entonces. Entre los ámbitos letrados, como la Sociedad Valeper o la Sociedad Literaria, existía un marcado tinte antimilitarista, ver: Zubizarreta, Ignacio *Los Unitarios. Faccionalismo...*, pp. 240-241.

² En realidad, acordamos parcialmente. Rivadavia había promovido negocios mineros con los capitalistas británicos Hullet, mientras que Valentín Gómez compartió con su amigo Carlos María de Alvear especulaciones sobre tierras en la frontera, y sobre la construcción de muelles y canales, como se constata en: Rodríguez, Gregorio *Contribución histórica y documental*, Tomo II, Buenos Aires, Pauser, 1922, p. 272. Sobre la opinión de Sergio Bagú al respecto, ver del autor: “Los unitarios. El partido de la unidad nacional”, en *Unitarios y Federales*, A.A. V.V., Buenos Aires, Gránica, 1974, p. 41.

³ Forbes, John Murray *Once años en Buenos Aires, 1820-1831*, Buenos Aires, Emecé, 1956, p. 137.

⁴ Este trabajo pretende acompañar una corriente historiográfica que ha contribuido enormemente en renovar las formas de comprender el pasado. Para la historiografía tradicional, la guerra, la política y lo social han sido compartimientos estancos. La renovación historiográfica ha permitido cuestionar dicha interpretación y complejizarla, logrando a su vez relacionar e integrar los profundos lazos que unían la vida guerrera con la construcción de prácticas e identidades políticas y la conformación de instituciones y formaciones estatales. Para comprender el complejo proceso de militarización y politización social del periodo, existen cuantiosos trabajos al respecto. Debido a la gran cantidad que han sido publicados, nos limitaremos a una lista reducida pero fundamental. En un lugar especial, destaco la precursora y clásica obra: Halperín Donghi, Tulio *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI,



Argentina: “el estado de guerra, en que vivíamos, nos obligó a depositar casi siempre el poder en manos de un militar [...] de aquí ha resultado, que en todo el curso de la revolución hemos vivido bajo una verdadera aristocracia militar, la más temible de todas las aristocracias.”⁵

Si bien Rivadavia pensaba en sostener su gestión mediante el apoyo de la opinión pública y no por la fuerza de las bayonetas, la revuelta de Tagle (marzo de 1823) le demostraría que de las bayonetas no se podía fiar, pero tampoco prescindir.⁶ La mala organización y la falta de apoyo popular fueron los únicos motivos que explican el fracaso del movimiento levantisco que se organizó en su contra.⁷ El grueso de las tropas fieles a la gestión de Martín Rodríguez (gobernador de la provincia de Buenos Aires de 1821 a 1824 y quien llamó a Rivadavia y su círculo a participar en su gabinete ministerial), se encontraba acantonado en la campaña, intentando extender los límites de la frontera. Por ese motivo, el gobierno no gozaba, en la ciudad de Buenos Aires, del respaldo de fuerzas lo suficientemente considerables como para mantenerse incólume ante una adversidad similar.

1972. Otro trabajo fundamental del mismo autor: “Militarización revolucionaria de Buenos Aires”, en *El ocaso del orden colonial en América*, Buenos Aires, Sudamericana, 1978. Para un estado de la cuestión reciente sobre la temática guerrera en el Río de la Plata recomendamos el prólogo de Juan Carlos Garavaglia, en la obra: Garavaglia, Juan Carlos, Pro, Juan y Eduardo Zimmermann (comps.) *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado en América Latina, siglo XIX*, Rosario, Prohistoria, 2012. Otros trabajos importantes y recientes, centrados en la primera mitad del siglo XIX: Fradkin, Raúl O. “Las formas de hacer la guerra en el litoral rioplatense”, en Susana Bandieri (comp.), *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispana*, Buenos Aires, AAHE/Prometeo Libros, 2010, pp. 167-214. Bragoni, Beatriz y Sara Mata de López “Militarización e identidades políticas en la revolución rioplatense.”, en *Anuario de estudios americanos*, 2007, vol. 64, n°1, pp. 221–256. Ravinovich, Alejandro “Las guerras civiles rioplatenses: violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852)”, en Lorenz, Federico, *Historia de la guerra en Argentina*, Ariel, 2014. Morea, Alejandro “El Ejército Auxiliar del Perú y la gobernabilidad del interior, 1816-1820”, en *Prohistoria*, núm. 18, año XV, 2012, pp 26-49. Etchechury Barrera, Mario “Una guerra en busca de sus autores. Algunas notas metodológicas sobre la conflictividad regional en el Río de la Plata (1835-1845)”, en *Illes i Imperis, Justicia, violencia y construcción estatal*, núm. 15, 2013, pp. 75-100.

⁵ *La Abeja Argentina*, 15 de agosto de 1822, publicaciones antiguas, Hemeroteca, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

⁶ Sobre la importancia de la “opinión pública” para el elenco político rivadaviano, ver de Jorge Myers: “La cultura literaria del periodo rivadaviano: saber ilustrado y discurso republicano”, en Aliata, Fernando y María Lía Munilla Lacasa (eds.) *Carlo Zucchi y el neoclasicismo en el Río de la Plata. Buenos Aires*, Eudeba-Instituto Italiano de Cultura de Buenos Aires, 1998, pp. 131-148. También recomendamos del mismo autor: “Identidades porteñas. El discurso ilustrado en torno a la nación y el rol de la prensa: El Argos de Buenos Aires, 1821–1825”, en Alonso, Paula (comp.) *Construcciones impresas, panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820–1920*, Buenos Aires, FCE, 2003, pp. 39-63.

⁷ Para una correcta explicación sobre las causas que originaron el motín, recomendamos: *Di Meglio*, Gabriel, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política, entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.



Si antes señalé que el unitarismo había nacido de un grupo de letrados, es evidente que el componente militar que colaboró con dicha facción tuvo que haberse adherido con posterioridad.⁸ Es cierto que el eslabón principal entre los unitarios y las fuerzas militares lo constituyó, en un principio, el mismo gobernador que apadrinó las políticas de Rivadavia, Martín Rodríguez, en su doble función de cabeza política de la gestión provincial y de general experimentado. Pero también lo es el hecho de que, fuera de la figura recién aludida del gobernador, eran muy escasos los vínculos entre los hombres de la espada y el grupo fundacional de la facción unitaria. Y eso resultaría un verdadero escollo para un movimiento político que aspiraba a trascender la temporal gestión de Rodríguez. Pero el que también pretendía, como se puede interpretar por la convocatoria que realizó en 1824 a un Congreso General Constituyente, alcanzar una hegemonía política que traspasara los estrechos márgenes de la provincia bonaerense para extenderse sobre un universo geográfico de alcances mucho más vastos.

¿Cómo se podía pretender, entonces, compatibilizar todas esas aspiraciones sin la colaboración de los hombres de armas? En el presente artículo busco, de este modo, ensayar algunas respuestas, meramente hipotéticas, acerca de cómo se fue construyendo la relación entre los unitarios y las fuerzas militares durante la década de 1820, es decir, los años que transcurrieron desde el nacimiento de la agrupación política hasta la derrota y el exilio de la mayoría de sus integrantes, entre el arribo de Rosas al poder y la caída de la Liga del Interior comandada por José María Paz en 1831. Parto de la base de que esa relación se estableció entre dos fracciones que, en un momento inicial, gozaron de relativa

⁸ Si hasta hace algunos años, según la historiografía tradicional, unitarios y federales constituyeron “partidos” políticos, la utilización de ese término, cuestionada, ha sido trocada por otra, “facción”, que no deja de ser problemática aunque haya logrado consolidarse luego de la aceptación de dicho término en la obra *Revolución y Guerra*, de Tulio Halperín Donghi. Según Laura Cucchi, en relación al concepto de facción, “se ha tomado ese neologismo como una manera de definir la política decimonónica como una sucesión de confrontaciones violentas entre grupos con perfiles sociales e ideológicos similares, que se enfrentaron sin otro objetivo que hacerse del poder y disponer de los recursos del estado, y que en ese marco negaron toda legitimidad a sus oponentes” (Cucchi, Laura *Antagonismo, política y partidos en las provincias argentinas del siglo XIX: el caso de Córdoba a fines de los años setenta*, inédito, p. 2). Recientemente, Hilda Sabato también ha realizado una serie de cuestionamientos a la utilización de ese concepto (ver de la autora: “Los desafíos de la república. Notas sobre la política en la Argentina pos Caseros”, en *Estudios Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, núm. 46, 2014). A pesar de las opiniones críticas y la disconformidad de un sector historiográfico hacia la voz facción y dada, además, la carga peyorativa de época que acarrea, no obstante ese término no ha logrado ser reemplazado satisfactoriamente por algún otro, aunque es evidente que el uso del mismo está comenzando a ser revisado. Nuestra postura radica en mantenerlo, mientras su pertinencia está siendo analizada, considerando sus implicancias y riesgos.



autonomía, o que, por lo menos, se distinguían como elementos diferenciados. Me refiero, por un lado, a una agrupación política que desde sus inicios contó con poca o nula participación de los militares. Y por otro, en un sentido muy amplio, a ciertos actores con una trayectoria importante dentro de las múltiples fuerzas de armas, en circunstancias que, en la enorme mayoría de los casos, los obligaría a tomar decisiones por fuera de lo que podríamos definir como una esfera estrictamente militar. ¿Cómo y por qué, entonces, estas dos partes (unitarios y militares) entraron en contacto y comenzaron a convergir en un mismo espacio político? ¿Qué razones pudieron atraer a los segundos a colaborar con los primeros? De ese asunto nos ocuparemos de aquí en adelante.

A. La importante influencia de las “escuelas” de Belgrano y San Martín

El proceso de militarización de una facción como la unitaria no fue ajeno al que se daba en paralelo en la sociedad entera como consecuencia de las sangrientas guerras independentistas y civiles. Esta tendencia no dejaría de acentuarse luego de la década que analizamos, llegando a su culminación en tiempos rosistas, cuando el Estado, según Juan Carlos Garavaglia, llegó a volcar más del 65% de su presupuesto –con picos de hasta el 80%– en gastos bélicos⁹. Si analizamos de qué manera se fue plasmando la militarización del unitarismo a través de la prosopografía¹⁰, debemos considerar algunos aspectos. Antes

⁹ Garavaglia, Juan Carlos “La apoteosis del Leviathan: El estado en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX”, en *Latin American Research Review*, vol. 38, N°1 (2003), pp. 135-168.

¹⁰ La *prosopografía* ha sido utilizada para conformar las características habituales de un perfil dado. Sirve para profundizar los conocimientos sobre un grupo de pertenencia identificable, como puede ser una categoría socio-profesional. Para realizar la selección de los unitarios que se han incorporado en la base de datos, se han considerado los siguientes elementos: a) *Factores ideológicos*: se incluyen los individuos que colaboraron en el reformismo liberal rivadaviano, desde los presentes en la Sala de Representantes secundando los proyectos ministeriales, hasta los que contribuyeron en la prensa gráfica, en la enseñanza universitaria, o reproduciendo el modelo gubernativo en otras provincias. b) *Conciencia de pertenencia*: se estiman unitarios quienes por medio de registros – epístolas, memorias, prensa-, han dejado constancia de su conciencia de adscripción a dicha facción. c) *Participación de “momentos clave”*: se incorpora a aquellos que colaboraron reiteradamente con la causa centralista en hechos o agrupaciones de trascendencia, como el grupo rivadaviano, el Congreso Constituyente de 1824-1827, la gestión presidencialista de 1826-1827, la “revolución decembrista” (1828), la “liga del interior” (1830) liderada por el general Paz, etc. d) *Redes sociales*: la reciprocidad de las amistades y los vínculos parentales refuerzan habitualmente el sentido de grupo. Si bien no determinan el accionar, inducen a los actores a obrar en consecuencia de los lazos interpersonales que los circundan. Para mayor precisión acerca del marco teórico-metodológico utilizado para la realización de la prosopografía, ver: Stone, Lawrence *The Past and the Present Revisited*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987, Rousseau, Isabelle “Los múltiples derroteros de la prosopografía en las ciencias sociales”, en A.A.V.V., *Conceptuar lo que se ve: François-Xavier Guerra historiador: homenaje*, México, Instituto Mora, 2004, pp. 484–510, Thibaud,



que nada, que de los 493 casos de integrantes de dicha facción que hemos podido analizar, prácticamente la mitad empuñó las armas en algún momento de sus vidas alistándose en el ejército. Podrá parecernos exagerado, o tal vez, podrá mostrarnos la debilidad manifiesta de los diccionarios biográficos –fuente fundamental de nuestra base– por los hombres de armas –y la adoración por sus hazañas–, sin embargo, mal podría ocultarnos algo evidente en demasía, el grado de militarización de ese periodo. Pero ese elevado nivel de militarización social poco nos dice necesariamente acerca de los motivos que llevaron a esos hombres en edad de portar armas, a empuñarlas para defender una causa política.

Si tuviéramos que analizar los fundamentos que pudieron subyacer en la participación de un sector importante del ejército en las filas del unitarismo, deberíamos analizar ciertas causales. La primera de ellas se relaciona con lo que podríamos definir como autoridad y obediencia. Es decir, la verticalidad del ejército, que obligaba a los soldados rasos a seguir las directivas de su oficialidad. En el caso de los regimientos más “profesionalizados”¹¹, la autoridad de los cuadros directivos no podía ser jamás cuestionada. En los regimientos donde la informalidad cundía –Alejandro Rabinovich distingue entre ejércitos con mayor “cohesión” y otros con mayor “flexibilidad”¹²–, la atracción o el carisma del líder era, por el contrario, lo que hacía que los subordinados se plegaran a la voluntad del superior.

Clément, “Les usages de la prosopographie dans Le Mexique, de l’Ancien Régime à la Révolution: une approche critique de la biographie collective”, en Lempérière Annick (éd.), *Penser l’histoire de l’Amérique latine: hommage à François-Xavier Guerra*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2012, p. 191-205.

¹¹ Por regimientos “profesionalizados” entiendo a las fuerzas regulares o de línea de un Estado. Sus tropas siguen un estricto *orden* jerárquico y reciben una paga en contribución por sus servicios. Se diferencian, así, de las milicias o de las fuerzas irregulares o montoneras. Vale destacar que en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX, las líneas demarcadoras entre fuerzas regulares e irregulares fueron, en muchísimos casos, bastante difusas, como lo deja entrever: Rabinovich, Alejandro Martín *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires au Rio de la Plata, 1806-1852*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2014. Del mismo autor, y estrechamente vinculado a la problemática de profesionalización de los ejércitos del periodo, ver: “La imposibilidad de un ejército profesional: Ramón de Cáceres y el establecimiento de procedimientos burocráticos en las fuerzas del Río de la Plata. 1810-1830”, en: Quinto Sol, vol. 17, N. 1, enero-julio 2013, pp. 1-24. También, se podría considerar: Fradkin, Raúl O. “Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX”, en Garavaglia, Juan Carlos, Pro, Juan y Eduardo Zimmermann (comps.) *op. cit.*, pp. 319-356. Para una perspectiva más general dentro del contexto hispanoamericano, recomendamos: Marchena, Juan y Manuel Chust (coords.) *Por la fuerza de las armas. Ejército e Independencias en Iberoamérica*, Castellón, Universidad Jaume I, 2007.

¹² Rabinovich, Alejandro Martín *La société guerrière. Pratiques, discours et valeurs militaires au Rio de la Plata, 1806-1852*, Tesis de doctorado (2010), École des Hautes Études en Sciences Sociales, p. 175.



Alvear aconsejaba a Iriarte ganarse por distintos medios a la oficialidad, puesto que si lo lograba, se aseguraría la lealtad, de allí hacia abajo, de todo el escalafón marcial: “cáptese Ud. los oficiales, los capitanes de compañía principalmente, y estará Ud. seguro de sus soldados”¹³. Hasta aquí, podemos imaginarnos el rol de la verticalidad en el ejército como una causa principal en aras de comprender la inclusión a la facción de una importante proporción de los sectores rasos, y hasta cierto punto, de gran parte de una oficialidad de segundo rango. Pero aún resta comprender cómo se dio ese proceso en su misma cúpula, lo que no es para nada anodino, considerando que desde ese vértice hacia abajo se comandaba la acción colectiva. En este punto, hay tres aspectos a considerar: las causales aleatorias, las redes relacionales y las motivaciones ideológicas. Sin desmerecer la enorme importancia de los primeros dos, nos detendremos solamente en el último aspecto.

Desde el inicio del proceso emancipador existieron, en el ámbito rioplatense, por decirlo de algún modo, tres grandes “escuelas” dentro del ejército. La de José de San Martín, fraguada, en gran parte, durante las campañas en Chile, Perú y otras latitudes hispanoamericanas. La de Manuel Belgrano, principalmente asociada a las batallas en el Alto Perú. Y, finalmente, la del caudillo oriental José Gervasio Artigas, de la que se nutrieron otros tantos caudillos litorales como Fructuoso Rivera, Juan Antonio Lavalleja, Francisco Ramírez o Estanislao López. Es evidente que esta última corriente no fue forjadora de soldados unitarios, la clara impronta federal de Artigas continuaría en sus prosélitos. Por el contrario, ni Belgrano ni San Martín dieron manifiestas muestras de apoyo a una facción determinada¹⁴. Sin embargo, la mayor parte de la oficialidad que se formó con ellos terminó –salvo contadas excepciones– en las filas unitarias, o, en su defecto, en las federales doctrinarias (rara vez en las rosistas). Tanto San Martín como

¹³Iriarte, Tomás *Memorias. Rivadavia, Monroe y la guerra argentino-brasileña*, Buenos Aires, Ed. Argentinas, 1944, p. 20.

¹⁴ La historiografía liberal y revisionista han combatido para ver en el uno y en el otro, defensores de los idearios de sus respectivas facciones predilectas. Si Belgrano fue partidario del régimen directorial, murió antes de ver conformado al unitarismo, pero en todo caso, jamás sintió simpatías por el federalismo artiguista, el cual combatió. El caso de San Martín es algo más complejo, puesto que valoraba algunas características de la política rosista –por ejemplo, la defensa de la soberanía nacional–, pero despreciaba otras, como la falta de garantías individuales. También sentía cierta ambigüedad por el unitarismo, reconocía lo bueno de las reformas rivadavianas pero recelaba de la persona que las había impulsado. La falta de apoyo a su ejército por parte del ministro de Rodríguez le enajenaron un rencor que jamás se extinguió. Sin embargo, contaba con muy buenos amigos en ambas y antagónicas facciones.



Belgrano inculcaron en sus tropas el amor al orden y un comportamiento que respetase las jerarquías del ejército profesional, así como las instituciones que los sostenían y respaldaban¹⁵.

Es importante recalcar dos puntos. El primero es el que se relaciona a las reivindicaciones. Los ejércitos unitarios siempre se proclamaron como los auténticos herederos de las proezas y de la gloria que las fuerzas patriotas habían conquistado a través de las campañas independentistas. Se reconocían hijos legítimos de la escuela militar iniciada por San Martín y Belgrano.¹⁶ Incluso, los colores unitarios por excelencia, celeste y blanco, se relacionaban con la bandera que había ideado este último en febrero de 1812.

El segundo punto radica en el “odio” compartido por ambas escuelas hacia el caudillismo, generalmente asociado al federalismo. En el caso de San Martín, durante el exilio de los patriotas chilenos, éste se sirvió del conservador Bernardo de O’Higgins y marginó al caudillo José Miguel Carrera, de inclinaciones federalistas –futuro organizador de montoneras y aliado de Artigas, Ramírez y López–, para afrontar la campaña de liberación chilena. En el caso de Belgrano, si bien siempre prefirió combatir a los realistas evitando entretener sus tropas en luchas fratricidas, por orden del Directorio debió enviar en cuantiosas oportunidades a parte de sus tropas a luchar contra las tentativas federalistas de los santafecinos. Además, por otro lado, es razonable pensar que las ideas monárquicas que compartieron tanto Belgrano como San Martín –y que se entienden en la coyuntura de restauración monárquica europea en que las sostuvieron– puedan haber tenido mayor afinidad a un proyecto político centralista con un poder Ejecutivo vigoroso como lo propondría luego el unitarismo. De este modo, es dable suponer, aunque de difícil comprobación, que gran parte de este sentimiento en apoyo a un sistema político basado en

¹⁵ San Martín decía, por ejemplo, “Yo no quiero emplear en el ejército a esos militares que aman más a su caudillo que a la causa que sirven”. En Barros Arana, Diego *Historia general de la Independencia de Chile*, 18 tomos, Santiago, Editorial Universitaria, 1957, Tomo IV, cap V, p. 99.

¹⁶ Por citar un caso, reproducimos las proclamas que hicieron los unitarios en la campaña fallida en Entre Ríos, en 1831: “Aquí tenéis, entrerrianos, a vuestro lado gran parte de los jefes valientes; que dieron la independencia al país: los veteranos de Ituzaingó: ayudadlos a exterminar la anarquía y muy pronto habrá nación, gozarán de ella vuestros hijos, y vosotros y ellos podrán repetir para siempre: ¡Viva la libertad de Entre Ríos! ¡Viva la República Argentina! ¡Viva el general Paz, y el ejército libertador de la Patria!”. Proclama redactada por Manuel Bonifacio Gallardo. Carta de Del Carril a Pico, 10 de marzo de 1831. Fondo Francisco Pico, Archivo de la Academia Nacional de la Historia, Argentina.



una fuerte autoridad, y contrario a un comportamiento político fragmentario, “caudillesco” y “montonero”, haya sido absorbido gradualmente por sus subordinados inmediatos.

En base a la información de la base prosopográfica anteriormente mencionada¹⁷, 261 unitarios empuñaron la espada en algún momento de sus vidas. El 16,5% de estos últimos siguieron las campañas de San Martín, Gregorio de Las Heras y Juan Antonio Álvarez de Arenales. A su vez, casi el 32% de ellos participó de las guerras independentistas que se desarrollaron aquende los Andes y en el Alto Perú, bajo influencia de Belgrano, pero también de Ramón Balcarce, Ignacio Álvarez Thomas, José Rondeau y Martín Rodríguez. En otras palabras, casi un soldado unitario sobre dos fue forjado por una de las “escuelas” mencionadas y recibió la instrucción del ejército “profesional”¹⁸.

Por fuera de las grandes “escuelas” militares mencionadas arriba, existió otra experiencia marcial que también ayudaría a nuclear a parte importante de la oficialidad que luego respondería a los intereses unitarios. Nos referimos a las campañas que financió el estado provincial bonaerense y comandó personalmente su gobernador, Martín Rodríguez, contra los indios pampas entre 1822 y 1824. Francisco Fernández de la Cruz, Anacleto Medina, Federico Rauch, Martiniano Chilavert, Juan Lavalle, Manuel Correa, Gregorio Aráoz de Lamadrid, fueron algunos de los oficiales con los que contó dicho gobernador para esas campañas. Años más tarde todos ellos estarían fuertemente vinculados a la futura facción centralista. Juan Manuel de Rosas, uno de los mayores concedores de la frontera, también actuó por entonces como un estrecho colaborador de Rodríguez. Entre las razones que lo alejarían finalmente del “Partido Ministerial” destacan las diferencias que existieron entre él y Rodríguez por la problemática de la frontera¹⁹. Mientras que este último buscó

¹⁷ Para los resultados generales del estudio que he elaborado de la base prosopográfica –la que resultó fundamental para mis investigaciones doctorales– y para la definición de con qué criterios he trazado la “línea divisoria” entre “unitarios” y “no unitarios” con el objeto de elaborar la matriz de dicha base, ver el capítulo 2 de la Segunda Parte de: Zubizarreta, Ignacio *Los Unitarios. Faccionalismo...*

¹⁸ Quisiera advertir que por “soldado unitario” aquí se entiende a alguien que participó reiteradamente en colaboración con la facción aludida. Una sola actuación aislada pudo haber sido accidental, pero no así cuando ésta se repite a lo largo del tiempo, lo que implica una racionalidad del acto y un compromiso más tangible y perdurable. Esa lealtad a la facción no tiene por qué tener correlato en el terreno ideológico –más aún cuando se trata de un militar–, pues puede deberse a fidelidades clientelares u otros motivos; sin embargo, eso no deslegitima un ápice su inclusión en dicho movimiento faccioso.

¹⁹ Para Martín Rodríguez, “La experiencia de todo lo hecho nos enseña el medio de manejarse con estos hombres: ella nos guía al convencimiento que la guerra con ellos debe llevarse hasta su exterminio. Hemos



doblegar a los indígenas a través del sometimiento militar, Rosas pregonaba políticas de negociación y alianza permanentes²⁰. No fue casual que las estrechas relaciones personales y redes que supo tejer el Restaurador con los nativos, le servirían luego para incluirlos en la nómina de sus aliados en las luchas que, pocos años más tarde, llevaría a cabo contra los mismos unitarios²¹. Al margen de lo puramente anecdótico o azaroso de lo susodicho, encontramos un importante elemento diferenciador entre los futuros ejércitos de una y otra facción –con algunas excepciones como la del célebre Manuel Baigorria²²–: fueron los caudillos federales quienes se ligaron más estrechamente con los indígenas²³. La forma de combate propia de las montoneras parecía ser más flexible para incorporar fuerzas irregulares como las provenientes de los malones de tribus aliadas.

B. Un momento disruptivo, la guerra contra el Imperio del Brasil

La guerra que enfrentó a las Provincias Unidas del Río de la Plata contra el Imperio del Brasil (1825-1828) constituyó, como veremos a continuación, un verdadero punto de inflexión. Mientras ella transcurría en la Banda Oriental, del otro lado de la ribera del Plata, más precisamente en Buenos Aires, se desarrollaban las Asambleas Constituyentes. En su seno, las disputas entre unitarios y federales comenzaron a tener forma definitiva, lo que

oído muchas veces a genios más filantrópicos la susceptibilidad de su civilización e industria, y lo fácil de su seducción a la amistad. Sería un error permanecer en un concepto de esta naturaleza y tal vez perjudicial.” Rodríguez, Martín *Diario de la expedición al desierto*, Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1969, p. 67. Mientras que la postura de Rosas no podría ser más antitética: “Es verdad que los sucesos prósperos que obtuvo el coronel Rauch en las dos entradas que hizo a los indios, fueron y han sido de bastante importancia para la seguridad de nuestra provincia. Mas estos sucesos habían sido apoyados en los progresos que iba haciendo la negociación pacífica con los indios [luego asegura que...] “Fue preciso asegurar el alimento a las naciones de indios que se fuesen presentando, para dar lugar a inspirarles el amor al trabajo (...) con esta simple medida, y con los demás medios de persuasión y confianza que empleó el comisionado, no tardaron en verse útiles resultados. Un sin número de caciques vinieron a establecer sus tolderías entre nosotros.” Rosas, Juan Manuel *Observaciones referidas a la población y fortaleza de Bahía Blanca*, 1828.

²⁰ Villar, Daniel, Juan Francisco Jiménez, y Silvia Ratto *Conflictos, poder y justicia en la frontera bonaerense, 1818-1832*. Universidad Nacional del Sur-Universidad Nacional de la Pampa.

²¹ Zubizarreta, Ignacio. “Rauch versus Rosas: ¿Existieron dos modalidades de entender - y extender - la frontera entre unitarios y federales en Argentina?, 1820-1830” en Rinke, Stefan (comp.) *La conquista del territorio republicano: Gobernanza y seguridad en las fronteras latinoamericanas en las postrimerías del siglo XIX*, Verlag Hans-Dieter Heinz, Stuttgart, Alemania, 2014.

²² Su increíble vida al servicio paralelo por el unitarismo y por los intereses de la fracción ranquel con la que combatió innumerables veces –y que lo llevaron a contradicciones en su conciencia, cómo bien lo relatan– pueden verse retratadas en: Baigorria, Manuel *Memorias*, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1975.

²³ También lo atestiguan los acercamientos que tuvieron para con los nativos Quiroga, Bustos, Carreras, López, Artigas, etc.



implicaba que de allí en adelante, resultaría en extremo difícil mantenerse al margen de alguna de las principales facciones en litigio.

En relación a la campaña miliar recién aludida, podemos extraer de ella algunos aspectos importantes. Por un lado, al ejército le costó sobremanera aglutinarse. Se incorporaron a él contingentes muy variados: algunos de ellos procedentes del interior, principalmente de Mendoza, Salta y Córdoba. Otros fueron llegando de las campañas independentistas del Perú, Ecuador y Alto Perú. Pero también, de la frontera indígena, mientras que además lo hicieron del Litoral y principalmente de la misma Banda Oriental. Muchas de las provincias interiores mandaron poca tropa, o bien ninguna, ya sea por problemas económicos, militares, e incluso ideológicos/facciosos. Toda esa heterogeneidad en el ejército debía ser subordinada, a partir de la dimisión de Martín Rodríguez, a una sola cabeza, la del general Carlos María de Alvear, quien desde mediados de 1826 se encargó de comandar las fuerzas republicanas. Podríamos decir que si el Congreso Constituyente, que transcurría en paralelo, sirvió para brindarle al unitarismo –y también al federalismo– un marco para lograr un alcance interprovincial, la guerra contra el Imperio del Brasil hizo otro tanto en relación a los hombres de armas con la conformación de un ejército que se hacía llamar nacional.²⁴ Así como se pueden citar tantos casos de contiendas bélicas que coadyuvaron a unificar estados-naciones, en ese sentido, el unitario Julián S. de Agüero exclamaba en el Congreso: “No temamos: acaso la guerra que nos amenaza; quizá la posición difícil en que se halla el Congreso, será el medio más poderoso y eficaz para reunir unas provincias, cuyos vínculos entre sí están tan rotos de un tiempo tan atrás”.²⁵

Más del 40% de los soldados unitarios de nuestra base franquearon la traumática experiencia de la guerra contra el Imperio del Brasil. Pasaron muchos y trascendentales hechos históricos en un breve lapso temporal (desde el inicio de la conflagración hasta el fin de esa década) que no podrían evitar dejar secuelas: la llegada a la presidencia de

²⁴ Para ver las cuantiosas y diversas fuentes –principalmente las comunicaciones oficiales entre el gobierno presidencial rivadaviano en Buenos Aires y la alta oficialidad del itinerante ejército apostado en la Banda Oriental– que remiten con insistencia a la existencia de un ejército “nacional”, remitimos al anexo de la obra: Baldrich, J. A. *Historia de la guerra del Brasil: contribución al estudio razonado de la historia militar argentina*, Buenos Aires, Imprenta Harlem, 1905.

²⁵ Ravnani, Emilio (dir.) *Asambleas constituyentes argentinas*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, Facultad de Filosofía y Letras, (periodo 1824-1827, Tomo I), Universidad de Buenos Aires, 1937, p. 69.



Rivadavia –justificada por su facción, justamente, a causa de la misma contienda–, el inicio y la profundización de la guerra civil con los federales, el postrero descalabro unitario, el gobierno provincial de Dorrego, y finalmente, la revuelta de Lavalle. ¿Cómo afectaron esos sucesos a la “unitarización” de gran parte del ejército? Existieron formas de comunicación entre Buenos Aires y los altos mandos. Esa información pasaba a la oficialidad, y a veces, de ésta a los sectores subalternos que nutrían los escalafones más bajos²⁶. Todo lo que transcurría en la capital y lo que se reflejaba en su prensa, repercutía con alguna fuerza en el ejército. Según José María Todd, sobreviviente de esa campaña militar, Rivadavia tenía una “aceptación unánime” dentro del ejército, que sólo fue alterada cuando se vio obligado a renunciar. Además, “se decía con bastante insistencia, que Dorrego quería la destrucción de nuestro Ejército, porque lo consideraba enemigo de su política”²⁷. La oposición que le hacía éste último a Rivadavia desde el Congreso era severamente reprobada por dos importantes coroneles, que serían elevados a general en el transcurso de la guerra, además de gozar de gran influjo en sectores del ejército bastante disímiles: José María Paz entre los hombres del interior y Juan Lavalle entre aquellos veteranos de las campañas sanmartinianas. Incluso, alguna fuente nos dice que estos últimos se encontraban agrupados a través de una organización secreta, y que resentían la preeminencia de la alta oficialidad que no poseía ni su larga experiencia militar, ni su formación “académica”. En la mesa de oficiales –siempre abundante y bien provista, pues de eso se encargaba especialmente Alvear–, una noche, luego de abiertas varias botellas, los oficiales que habían luchado en las lides emancipadoras:

“Pedían la palabra con la copa en la mano, y precedían a su propio elogio, diciendo que ellos habían ganado sus charreteras en la Guerra de la Independencia, y no como otros, habían conseguido más altos grados, escribiendo en las oficinas, o levantando y acuadrillando montoneras,

²⁶ Así queda al menos en evidencia en una carta que le remite el general Alvear al ministro de Guerra Fernández de la Cruz cuando le observa, en relación a la guerra civil por la que atravesaba paralelamente el país, que en la tropa “el contagio de las disidencias políticas se comunica”. En otra misiva, enviada por Valentín Gómez a su buen amigo el general Alvear, le comenta que Dorrego y los opositores del gobierno difaman su persona y a los miembros de la administración en el periódico llamado *Tribuno*, y que “Lo hacen circular con empeño por todas partes, y no dejarán de ir ejemplares a ese ejército. Trabajarán incesantemente en introducir en él, la división”. Rodríguez, Gregorio *Contribución histórica y documental*, Tomo II, Buenos Aires, Pauser, 1922, para la primera epístola, ver: p. 236, para la segunda, p. 294.

²⁷ Todd, José María *Recuerdos del ejército de operaciones del Brasil*, Salta, 1892, p. 54.



para asaltar las autoridades y obtener altos grados militares, que hoy ostentaban con orgullo.”²⁸

Esa tensión, que era real y apuntaba contra la falta de profesionalismo de algunos oficiales, –y también, en ocasiones, del mismo Alvear²⁹– se reforzó aún más a raíz de la escasa subordinación que prestaban los caudillos orientales Rivera y Lavalleja a las autoridades argentinas. Pero también, debido a la falta de colaboración de sus pares del Litoral, de tendencia abiertamente federalista. Incluso, la oficialidad y Alvear se quejaban con frecuencia porque los desertores del ejército republicano solían exiliarse en Entre Ríos³⁰. La tensión que generaba la falta de apoyo del interior también se manifestaba en las palabras de un oficial (que prefirió permanecer anónimo), quien aducía que “mientras los argentinos, en el interior, se agitan en el delirio de las pasiones, se olvidan, por ridículas y miserables atenciones o intereses personales, del honor de la Nación, y parecen insensibles a su gloria...”³¹. Incluso, según un alegato del propio comandante en jefe de las fuerzas, Carlos María de Alvear, y referido a su propia actuación en la última parte de la campaña, señalaba que:

“El General en jefe ha tenido que luchar con los esfuerzos que se han hecho para introducir la anarquía en el ejército: los anarquistas de la capital y de las provincias no han perdido ocasión para perturbar el reposo de los valientes [...] la atención del General en jefe ha sido, más de una vez, distraída por la que ha tenido que prestar para no permitir introducir en el ejército el germen que devora al país.”³²

Todas estas expresiones indican que el Ejército apostado en la Banda Oriental, desanimado hacia el final de la campaña, comenzaba a politizarse. Gran parte de su oficialidad percibía la situación de lo que transcurría del otro lado del Plata con cierta alarma. Entendía que

²⁸ Idem, p. 17.

²⁹ Así se comprueba, en numerosas oportunidades, a lo largo de los tediosos relatos de un actor que participó, hasta su muerte, en dicha contienda: Brandsen, Federico *Escritos del Coronel*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de billetes de Banco, 1910.

³⁰ Baldrich, J. A. *op. cit.*, p. 444.

³¹ “Un soldado argentino”, Cerro Largo, 2 de septiembre de 1827, en: Beverina, Juan *La guerra contra el Imperio del Brasil, contribución al estudio de sus antecedentes y de las operaciones hasta Ituzaingó*. Buenos Aires, Taller Gráfico de Luis Bernard, 1927, anexo, p. 96.

³² “El general Alvear explica al Ministro de Guerra su actuación al frente del ejército”, 31 de mayo de 1827, en: Beverina, Juan *op. cit.*, anexo p. 160.



aquel gobierno que había generado *ab nihilo* ese ejército tan poderoso, y que había seleccionado a cada uno de sus oficiales y ocupado en sus respectivos puestos de mando, comenzaba alarmantemente a disolverse³³. Una suerte de solidaridad hacia esa gestión en retirada comenzó a extenderse entre buena parte de sus principales oficiales, “unitarizándolos”. Y para no creer que ese sentimiento al partido de Rivadavia tenía motivaciones sólo localistas, es interesante constatar que de 107 unitarios de nuestra base de datos que se relacionaron con la campaña contra el Imperio del Brasil, sólo 49 nacieron en Buenos Aires. Esa información dificultaría, de algún modo, suponer que la inclinación por la facción centralista era exclusiva o siquiera mayoritariamente porteña.

Una vez superadas las grandes batallas de la guerra, luego de la renuncia de Bernardino Rivadavia a la presidencia, con el ejército casi inmovilizado y el federal Manuel Dorrego a la cabeza del gobierno porteño:

“Un año hacia ya que el ejército permanecía en sus cuarteles del “Cerro Largo”, y los vencedores del Bacacay, Ombú, Ituzaingó, y Yerbal, no habían recibido el más pequeño auxilio para remediar en algún tanto su espantosa desnudez ni alcanzado siquiera la más pequeña demostración de que sus servicios eran apreciados.”³⁴

La imposibilidad que tenía el gobierno de abastecer a sus tropas –problema que se arrastraba de la gestión previa³⁵–, a causa de la desastrosa situación financiera, aumentaba el rencor entre la tropa. Pero además, la paz con el enemigo que se vio obligado a promover Dorrego –quien anteriormente había sido el mayor paladín de la postura belicista– legó una

³³Tomás de Iriarte, en relación a la conformación de este ejército que debía enfrentarse con el Imperio del Brasil, señala que cuando Alvear “había resuelto la creación de un cuerpo, se fijaba únicamente en el jefe que debía organizarlo y mandarlo; lo llamaba, le decía que iba a expedirle un despacho y que eligiese desde el segundo jefe hasta el último alférez, y que los propusiese al Gobierno. Hecho esto, el Gobierno expedía los despachos para todos, y una orden al coronel para que escogiese un número determinado de hombres del depósito donde estaban acuartelados los contingentes y los hombres de leva. Los sargentos y cabos se sacaban de los antiguos cuerpos de los veteranos retirados del servicio, y de los mismos reclutas que sabían leer y escribir y manifestaban aptitudes. Tal era el proceso de las nuevas creaciones: el jefe después cuidaba de empezar la instrucción, y el ministro de la Guerra nada más tenía que hacer.” En: Ruiz Moreno, J. Isidoro *Campañas militares argentinas. La política y la guerra. Del Virreinato al Pacto Federal*, Buenos Aires, Emecé, 2005, p. 384.

³⁴Lacasa, Pedro *Biografía del general D. Juan Lavalle*, Buenos Aires, 1858, p. 43.

³⁵ Como se pone claramente de manifiesto en el comunicado que le envió el general Alvear al ministro de Guerra Fernández de la Cruz, el 16 de octubre de 1826, desnudando las necesidades materiales imperiosas de un ejército muy venido a menos. Rodríguez, Gregorio *Contribución histórica y documental*, Tomo II, Buenos Aires, Pauser, 1922, pp. 204-207.



situación que, de algún modo, dejaba la amarga sensación de que las victorias en el campo de batalla de poco habían servido. A su vez, logró encender aún más el descontento de ciertos sectores del ejército hacia su persona y, como consecuencia directa, hacia la facción política que lo sostenía. Es probable que estos hechos hayan colaborado a que se aglutinara entre la oficialidad del ejército una cierta simpatía y nostalgia por la facción caída mientras se experimentaba algún resentimiento por su antagonista.

Conclusión

En toda Hispanoamérica, la guerra y el faccionalismo político constituyeron dos elementos centrales del proceso histórico abierto con la crisis de la independencia. Nuestro trabajo, de este modo, buscó insertarse en un contexto de formación estatal incipiente, en el que tanto los límites territoriales como los identitarios no estaban aún consolidados. No existía un Estado, una élite y un ejército. Había más bien múltiples proyectos estatales rivales, múltiples facciones que los encarnaban, múltiples fuerzas de guerra que los defendían. Esta fragmentación extrema, que era a la vez territorial, política y militar, generó una situación explosiva donde la violencia se intensificó y el conflicto se radicalizó a lo largo de décadas. Con el transcurrir de este proceso las facciones políticas se militarizaron, los ejércitos se politizaron y los incipientes Estados se transformaron a la vez en botines y herramientas para que las partes en pugna continuaran la lucha. Se fueron generando así configuraciones híbridas (a la vez estatales, políticas y militares) e inestables que escapaban muchas veces a las categorías convencionales de análisis.

Desde la perspectiva de los ejércitos, las relaciones con las facciones políticas y los aparatos estatales eran por lo general mucho más fluidas de lo previsto en los reglamentos y las constituciones vigentes. ¿De qué manera, entonces, se determinaban estas adscripciones políticas de las unidades militares? El caso del unitarismo fue sin dudas muy interesante. Nacido como una facción desprovista de fuerzas militares, se introdujo en el poder y se consolidó, para sólo luego establecer vínculos con grupos militares que podían servirles de sustento en aras de defender sus proyectos políticos. Hemos intentado, por ese motivo, analizar las diversas causas que pudieron haber colaborado a que un sector importante del ejército, el más profesionalizado e institucionalizado, optara por sumarse a dicha facción. Y



ese proceso se dio a lo largo de la década de 1820. Para fines de ese lapso, dos focos revolucionarios acecharon los gobiernos de Buenos Aires y Córdoba. Uno estuvo al mando de Juan Lavalle y el otro liderado por José María Paz.³⁶ Ambos serían proclamados flamantes gobernadores de esas jurisdicciones al despojar de sus investiduras a los federales Manuel Dorrego y Juan Bautista Bustos, respectivamente. Esos fugaces triunfos sobre sus adversarios se debían al poder de las fuerzas que los acompañaron. Sus contingentes se habían nutrido principalmente con los descontentos veteranos de la guerra contra el Imperio del Brasil. De los 107 soldados unitarios registrados en nuestra base que combatieron en este último conflicto, más del 96% tomó luego las armas sosteniendo a Paz o a Lavalle. Del total de este último porcentaje, un 46% lo hizo por el primero y 54% por el segundo, conformando, en su mayor parte, la oficialidad del ejército unitario. No existirían luego, en relación al inicio de las guerras civiles, contiendas en las que los ejércitos “unitarios” y “federales” hayan estado tan claramente delimitados. Pero además –salvo excepciones siempre presentes–, a partir de este momento, podríamos considerar que las tropas que continuarían las sendas del unitarismo, primero en susodichas campañas y luego a través del exilio, quedarían relativamente conformadas y estabilizadas. Poco se entendería de esa filiación y soporte de una cantidad muy importante de los miembros de los ejércitos –principalmente de sus fuerzas de línea– al bando unitario sin todo el proceso que transcurrió en la década de 1820, destacándose muy particularmente como momento disruptivo las campañas contra el Imperio del Brasil.

En conclusión, pretendí, a lo largo del artículo, ensayar algunas explicaciones que pudieran brindar pistas sobre los motivos por los cuáles existió, dentro de las fuerzas militares y cuando comenzaron las disputas entre las facciones unitaria y federal, un desplazamiento – y probablemente con mayor intensidad entre su oficialidad–, hacia la primera de ellas. Entendí que, para comprender ese proceso, era muy importante analizar las influencias que tuvieron las principales “escuelas” militares del periodo (la de San Martín y la de Belgrano), y creí detectar en las campañas contra el Imperio del Brasil una suerte de punto de inflexión que llevaría a inclinar a sectores muy importantes de ese ejército a las filas del

³⁶ Para el primer levantamiento –el liderado por Lavalle– y sus inmediatas consecuencias tanto sociales como militares, recomendamos: González Bernaldo, Pilar “*El levantamiento de 1829, el imaginario social y sus implicancias políticas en un conflicto social*”, en *Anuario IEHS*, N. 2, 1987, pp. 135-176.



unitarismo. Optar por apoyar a una facción determinada podía transformarse en una decisión trascendental que llegaría, en más de un caso, a acarrear consecuencias durante toda una vida. Como arriba mencioné, a fines de la década de 1820, los ejércitos “unitarios” y “federal” ya parecían constituidos, y permanecerían “relativamente estables”. Es por eso que busqué indagar en las causas que pudieron haber llevado a un hombre de armas a decidir por esa opción trascendental.